

Comentario: Dios ha puesto su morada entre nosotros

Ayer leíamos el relato del nacimiento de Jesús. Los pastores encuentran al niño junto a su madre María, una humilde muchacha que guarda en el corazón las cosas tan grandes que Dios manifiesta. Junto a ella está su esposo José, un humilde trabajador que velará por ambos. Con frecuencia imaginamos a Dios fuerte y omnipotente... Pero Él se nos ofrece en la sencillez de un bebé. No está sentado en un trono de poder, sino en una humilde cueva, rodeado de sencillos pastores. Los pastores, maestros de la acogida, fueron las personas que primero acogieron al Enviado de Dios. Los importantes de Jerusalén y las autoridades políticas y religiosas, ni se quisieron enterar. El evangelio de hoy presenta a Jesús como un humilde pastor que planta su tienda en medio del rebaño: acampó entre nosotros. Él es el Buen Pastor que cuida del pueblo y busca la oveja perdida.

Sabías que... Belén. Población situada a 7 km al sur de la ciudad de Jerusalén.

Su nombre significa «Casa del Pan», porque es la última población donde se cultiva trigo antes del inicio del desierto. En la antigüedad cumplía la misión de ser la fortaleza que defendía a Jerusalén de las invasiones de los pueblos del desierto.

Era conocida porque hacia el siglo X a. C. había nacido en ella el rey David, el Mesías (ungido de Dios), que había engrandecido las fronteras de Israel y establecido un sistema de gobierno sólido y próspero.

Oración

Gracias, Señor, por plantar tu tienda en medio de nosotros. Gracias por llenarnos de alegría y esperanza en esta Navidad.

Gracias por compartir nuestra misma vida y dejar a un lado la fuerza y el poder que deslumbran y asustan.

Gracias por sonreír con la sonrisa de un bebé y por hacerte débil y humano.



Web Santa Clara: www.parroquiasantaclara.com

DONATIVOS EN CUENTA PARROQUIA. 2095 3188 03 1094524625



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.

La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe.

No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció.

Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de Él y grita diciendo: "Este es de quien dije: "el que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo". Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracias tras gracia.

Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Hijo único, que está en el seno del Padre, es quién lo ha dado a conocer.

Palabra del Señor

LEMA PARA NUESTRO ADVIENTO:

En un tiempo de cambio es posible soñar.

LA HOMILÍA

El rostro humano de Dios

El “Prólogo” de Juan es un Prólogo que hace enmudecer, en primer lugar, a Dios. Apoyándose en este Prólogo, San Juan de la Cruz, en la “*Subida al Monte Carmelo*”, comenta: Dios “dándonos como nos dio a su Hijo...nos lo habló todo de una vez en esta sola Palabra, y no tiene otra...Dios se ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes, fragmentariamente (Heb 1,1-2, *Segunda lectura*), a los Profetas, ya lo ha hablado todo, dándonos al Todo que es su Hijo”.

Audazmente, San Juan de la Cruz nos dice que **Dios se ha quedado mudo**. Nos ha dado todas sus palabras en la Palabra (con mayúscula). Dios se ha vaciado para autocomunicarse con nosotros. Todas las palabras de cariño que tenía que decirnos las ha agotado y resumido en una única palabra consoladora: en su Hijo que ha venido hasta nosotros (*Primera Lectura*).

Pero, en segundo lugar, es un Prólogo que, si nos dejamos empapar por su mensaje, **nos hace enmudecer también a nosotros**; porque nos sorprende, nos estremece. ¿Por qué?

La Palabra, que es lo equiparable a Dios, no sólo se nos acerca, sino que se hace carne de nuestra historia. Se hizo “*sarx*” (palabra griega que subraya lo débil de lo humano, lo frágil, quebradizo y mortal de la carne). Se ha hecho “*sarx*” para ser nuestro compañero y “acampar” entre nosotros, participando así de nuestras zozobras, sufrimientos y esperanzas. Y al mostrarse así, solidario con lo débil –y, por lo tanto, débil Él mismo-, puede ser rechazado. Pues quiere ser compañero solidario, respetuoso con nuestra libertad; y no imponerse como un dominador apabullante. Por eso puede no ser acogido como con trágica machaconería subraya San Juan: «en el mundo estaba...y el mundo no le conoció. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron».

Pero el amor de Dios es pertinaz hasta el punto de quedar a merced del hombre; prefiere correr el riesgo de ser rechazado a dejar de descender hasta acampar entre los hombres a los que ama y con los que quiere comunicarse.

Todo esto es inaudito: que Dios se abaje, se haga de tal modo compañero que quede en nuestras manos. Esa con-descendencia de la Palabra, que estaba, en el principio, junto a Dios, nos sacude, **nos hace enmudecer**.

El Prólogo termina con esta rotunda afirmación: «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha contado» (1,18). La Palabra es revelación, y puede ser revelación porque ha visto el misterio del Padre, lo que está escondido para todos los demás. Jesús no es sólo el que habla sabiamente acerca de Dios –aunque lo hiciera con más sabiduría que ningún otro-, sino que es la carne de Dios en nuestra historia. Dios nos ha dicho cómo es encarnándose en Jesús. No se ha revelado en doctrinas y fórmulas teológicas sublimes; sino en la vida entrañable de Jesús, en su comportamiento, en su mensaje y en su entrega. Dios toma carne y toda la carne de Jesús. Y, a la inversa, todo Jesús muestra a Dios.

Por tanto, cuando nos preguntamos quién es Dios, y dónde encontrarlo, la respuesta es: “miremos y acerquémonos a Jesús”: Él es el rostro humano de Dios.

LA DIGNIDAD DEL HOMBRE EN CRISTO

«En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.



El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado.

... Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual»

Jesucristo es la palabra humana de Dios. La que se dicen los enamorados en sus encuentros. La que se pronuncia en las celebraciones de los misterios de la vida. La que se proclama cuando los hombres reclaman su propia y digna humanidad